

ALBERTO A. CIENFUEGOS

GLOSARIO ANDALUZ



EDICIONES 'REFLEJOS'.

GRANADA

R-123438



Alberto A. Cienfuegos



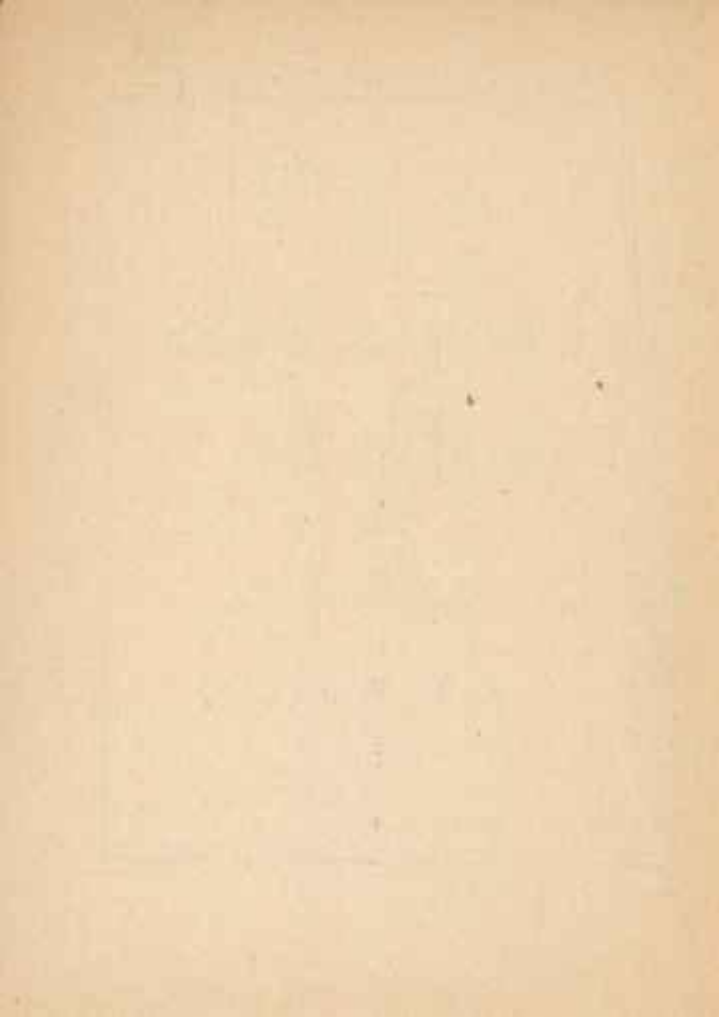
Glosario Andaluz



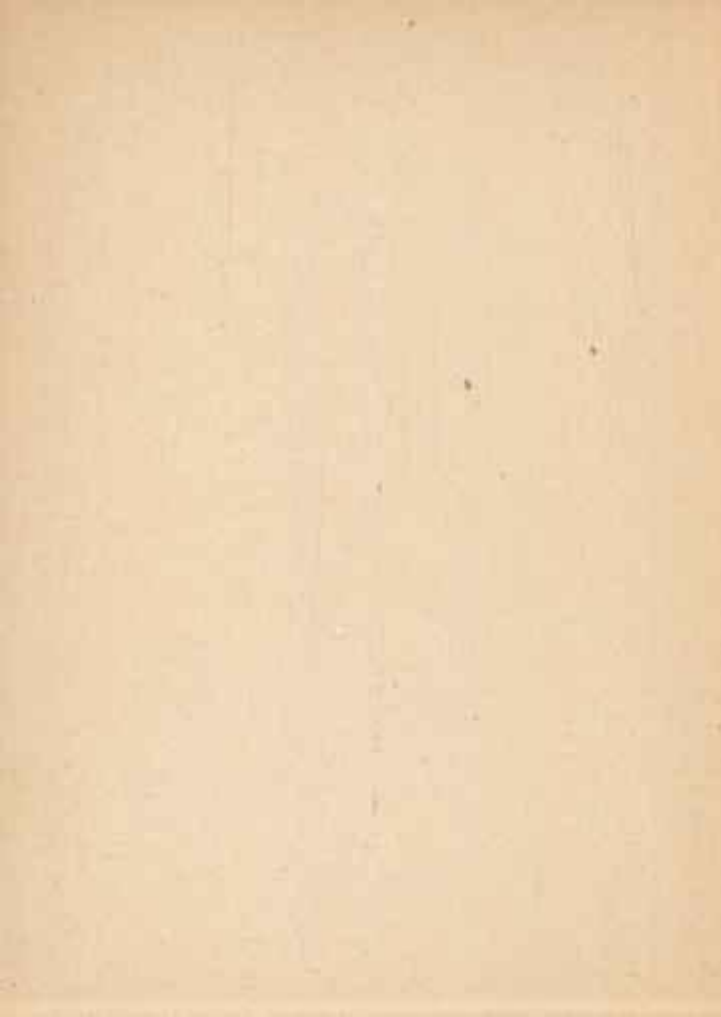
PRÓLOGO DE MIGUEL LA CHICA

EDICIONES "REFLEJOS"

TIP. LUIS F.-PÍÑAR ROCHA. NAVAS, 9, GRANADA



DEDICATORIA



A MIGUEL LA CHICA

Tú, Miguel, que conoces, como yo, la belleza
que se oculta en el alma del cantar andaluz
y aspiraste su aroma de pasión y tristeza
y te hundiste en sus sombras y cegaste en su luz;

tú que has sido un esclavo de la humana vileza
y ceñiste, más tarde, la corona de Ormuz
y, al hallarte en el trono que labró tu firmeza,
perdonaste a la plebe como Cristo en la cruz;

tú que sabes que el llanto de los hombres redime
porque aun en el arca de tu espíritu gime,
sin orgullo y sin odios, el pasado dolor,

tú, Miguel, como nadie, para darme posada
cuando llego al albergue maternal de Granada
con el fresco presente de mis versos en flor.



PRÓLOGO



Alvarez Cienfuegos es un poeta que ha nutrido su numen en las egregias fuentes de las epopeyas de España, de sus románticas y legendarias ciudades, de sus bellas mujeres, de sus joyas artísticas y monumentales, de sus incomparables panoramas. Su fecunda inspiración ha interpretado, con insuperable acierto, la pujante corriente emocional que fluye por el alma y la tierra española.

Hay en sus cantos una vibración armoniosa, que transporta toda la riqueza lírica palpitante en los amplios horizontes de los campos andaluces; en el misterio embrujador de las viejas ciudades; en el polícromo lujo de los atardeceres románticos; en la reverberación gloriosa de nuestros cielos; en la gracia aromática de encantados jardines; en la sugestión pasional de la mujer española, que es la más bella realidad de nuestra existencia...

Entre el brío y la impetuosidad de los versos de Alvarez Cienfuegos, que ha fundido en su estro la majestad sonora de nuestros clásicos con las rotundas y luminosas síntesis del modernismo, emergen vaharadas de ternura exquisita que llevan a nuestro espíritu la balsámica fragancia de su dulzura. La obra poética de Alvarez Cienfuegos es amplia, sugerente, rica en concepto y en imágenes brillante; late y vibra al calor de una suprema exaltación de las emociones españolas, que adquieren, en sus versos, superiores formas de belleza y armonía.

Sobre sus cualidades de poeta, que descubre y glosa maravillosamente las transfiguraciones del alma poseída por la alegría de vivir,

frente a los campos de Mayo, con la misma rotunda inspiración que las divinas tristezas provocadas por los negros fatalismos, origen del dolor humano, destaca la suprema cualidad de su modestia. Su labor es fervorosa y recatada, como el místico orar de los ascetas. Sabemos que publica sus versos porque insistentes requerimientos de quienes saben estimarlos, remunerándolos tentadoramente, le obligan a ello. No quiera decir semejante aserto que esté envenenado por el positivismo y por un amargo desdén hacia la gloria. Nada de eso. Líricamente, su espiritualidad arranca a cada rumor un pensamiento, a cada pasión una armonía. Y es tanta la fuerza emotiva de sus versos, que hieren y conmueven hasta los temperamentos más prosaicos... Como todo corazón de oro y cerebro poderoso, alimenta su vida interior con la música deliciosa del ensueño, con las vibraciones purificadoras del sentimiento y del Ideal.

Mas no le atormenta el prurito del exhibicionismo. Su inquietud por conquistar la admiración pública, no es otra cosa que una sana y honrada estimación hacia la privilegiada disciplina que profesa. Su ambición máxima y el premio más anhelado, ver reflejada su emoción en los pechos amigos, que, en recitales íntimos, suelen gozar de la gracia armoniosa de sus rimas.

Al caberme hoy el honor de patrocinar, por vez primera, la publicación de un libro ajeno, siento la satisfacción del que cumple un deber altísimo e ineludible: deber de granadino y de amante del arte, estos sentimientos tan profundamente arraigados en el espíritu de Alvarez Cienfuegos, que, envolviendo su personalidad en una gloriosa aureola, le redimen y consuelan de tantos tropiezos como el poeta, enemigo irreconciliable de la realidad, tuvo en el camino de su vida práctica...

INVOCACIÓN



¡ANDALUCÍA!

¡Tierra, tierra de sol... Andalucía!
Suspiran los cantares
y se cubren de flores
los rosales.

Bajo la azul serenidad del cielo,
entre el móvil verdor de los paisajes,
blancas, como magnolias encantadas,
florecen las ciudades.

Románticas ciudades que reposan
en el silencio de los hondos valles,
entre vertientes de rocosas sierras,
quietas y altivas como majestades.

Ciudades circundadas de misterio,
de fértiles llanuras y de adarves,
de ríos que se arrastran perezosos
copiando en sus cristales,

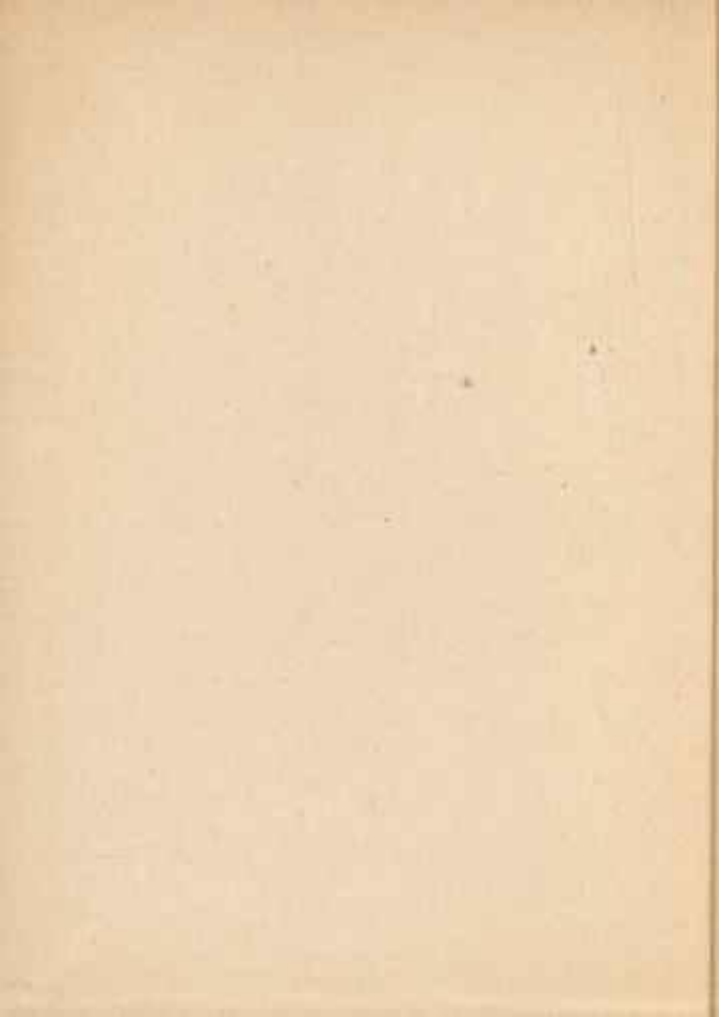
palacios medio ocultos por las yedras,
melancólicos cármenes,
vestigios de moriscos torreones
y ojivas de cristianas catedrales.
Son las ciudades que en lejanos tiempos
fueron pobladas por las tribus árabes
que, al llegar de las costas africanas,
en un temblor de fugitivas aves,
formaron califatos poderosos
y, bajo el esplendor de los Nazares,
lograron eclipsar el sol de Grecia
en un resurgimiento de las Artes.
Son los rincones al amor propicios,
pebeteros de mirras orientales,
que exhalan el perfume de sus pomas
en un incienso de sensualidades.
A la luz de crepúsculos de fuego,
en las doradas tardes,
cuando el sol regiamente se recuesta
sobre un lecho de nubes otoñales;
cuando la voz de las marmóreas fuentes
en ritmo de frescura se deshace
cantando el himno de las viejas cosas
que siempre fueron y jamás se saben;
cuando más armonioso es el silencio
y es más flúido y transparente el aire,

adquieren su más íntima belleza
las mágicas ciudades.
Es el momento de solemne calma,
el milagroso instante,
en que con más intensas vibraciones
el corazón de Andalucía late.
Los últimos destellos del crepúsculo
incendian los cristales
de floridas ventanas, guardadoras
de besos y cantares.
Sobre las altas copas armoniosas
de centenarios árboles,
el surtidor de sus dolientes trinos
los ruiseñores abren.
En la muda quietud de los jardines,
al soplo de las brisas vesperales,
su perfume más cálido las rosas
vierten al deshojarse.
Fosforecen pupilas en la sombra
como vivos volcanes,
y, trémula, rasgando de improviso
la majestad en que la noche nace,
suspira una guitarra, preludiando,
en líricos arpegios anhelantes,
las coplas enigmáticas que lloran
las trágicas tristezas populares.

Es un aroma de dolor sonoro:
es un latido de pasión fragante
que surge en un sollozo de armonía,
palpita y gime en desolados ayes
y crece, se idealiza y se transforma
en grito de amargura indescifrable,
sinfónica expresión de todo un pueblo
de negros fatalismos pasionales.
Con un anhelo de vital tristeza
vibra la copla en la desierta calle
y, al eco evocador de sus estrofas,
parece que *despiertan las ciudades*.
Como un puñal entre las sombras fulge
la acerada cadencia de la frase
que, a veces, llora lágrimas de fuego
y, a veces, ruge con furor salvaje.
Es toda el alma de mi Andalucía
que dice, palpitante,
porque los celos cuando hieren, matan,
porque los besos en los labios nacen
cuando unos ojos de mujer morena
incendian nuestra sangre,
como el rayo de sol en la llanura
o el rojo moscatel en los lagares.
Llora y se queja la angustiada copla
y sus acordes líricos se esparcen

saturando la noche de poesía,
de esa poesía de las vaguedades
que inunda nuestro pecho cuando ríen
las fuentes circundadas de arrayanes
en patios de columnas de alabastro
y arabescos sutiles como encajes.
Poco a poco la copla se diluye,
como un perfume que arrebató el viento,
y muere entre sollozos de amargura
con un temblor de luz agonizante.
Y, al expirar sus últimos suspiros,
vuelve el silencio y la quietud renace
en tanto que, en las sombras de la noche,
se esfuman los paisajes,
'y al palor de la luna, que deshoja
lentamente sus tenues azahares,
sobre un lecho de nardos y jazmines
se duermen las ciudadés.
Tierra, tierra de sol... Andalucía...
Suspiran los cantares
y se cubren de flores
los rosales.





LAS CIUDADES



GRANADA

Quisiera yo tener, Granada mía,
dentro del corazón, la melodía
que fluye de tus fuentes y tus ríos
y, en frágiles o roncós murmuríos,
resbala en tus jardines o se pierde
por tu campiña dilatada y verde.
Quisiera que mis versos fueran flores
y hacer de mis estrofas ruseñores
y, de este canto que mi amor te ofrenda,
un bosque de misterio y de leyenda
como aquel donde, sola y pensativa,
tu Alhambra de marfil está cautiva.
Quisiera que en tus fértiles jardines,
de mirtos, de rosales y jazmines,
la voz de mi alabanza se mezclara
con el arrullo de la fuente clara

que, oculta en el verdor de la glorieta,
de tanto sollozar se ha hecho poeta.
Quisiera, en fin, Granada, que mi canto
fuese reflejo de tu propio encanto,
pues sólo poseyendo tu lenguaje
— trino en el bosque y sol en el paisaje —
pudiera en el panal de la poesía
libar tu rubia miel, Granada mía.
Fué en un tiempo lejano, tan lejano
que casi se ha perdido su memoria,
aquel en que el orgullo mahometano,
despreciando por fácil la victoria
que en cien combates conquistó la enseña
siempre gloriosa de la media luna,
soñó, Granada, en ti como quien sueña
convertir en esclava la fortuna.
Un Emir poderoso, que tenía
la ciencia del artista y del guerrero,
para mejor rendirte pleitesía,
trocó por el cincel el curvo acero;
así, frente a los muros de la Meca,
todo su orgullo el corazón abate,
y, aun el Emir más invencible, trueca
por la oración el grito de combate.
Era propicio el suelo y grande era
la ciencia de tus sabios moradores.

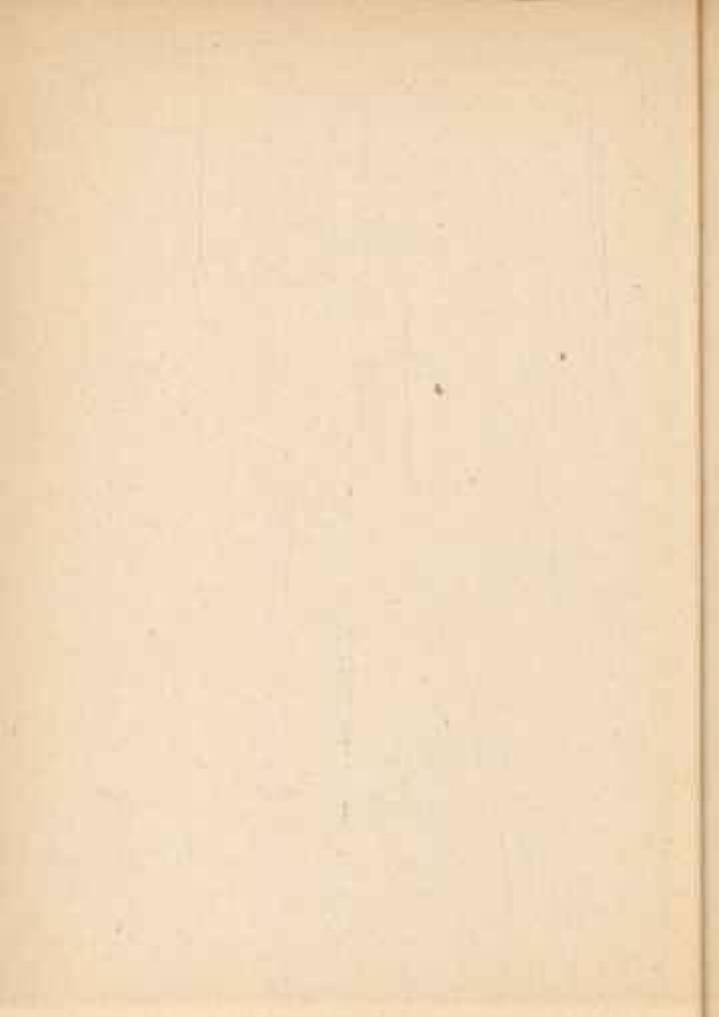
No fué milagro ver en primavera
cubrirse, siendo fértiles, de flores
las tierras cultivadas con esmero.
Renacistes, Granada, en los escombros
de la antigua ciudad. Fuístes primero
mansión de luz y manantial de asombros,
jardín florido y perfumado huerto
donde crecían a la par, vecinos,
la palmera sagrada del desierto
y los del norte seculares pinos.
Para, luego, ceñir sobre tu frente
la espléndida corona de sultana,
se elevaron, lo mismo que en Oriente
los destellos de sol a la mañana,
alcázares, mezquitas, murallones,
minaretes y torres elevadas,
palacios y fantásticas mansiones
de mármol con estancias encantadas,
donde, bajo las bóvedas de oro,
frente al incendio de los miradores,
las fuentes rompen el cristal sonoro
que mana de los claros surtidores.
Y fuístes lo que nunca había sido
cosa mortal que el universo encierra,
anticipo del cielo concedido
por Dios a los creyentes en la tierra.

Crecieron tus jardines. Florecían
cautivos entre muros y tapias,
y, fértiles, de rosas se cubrían
despreciando los hielos invernales,
Incrustados lo mismo que esmeraldas
en el rico joyel de tu hermosura,
coronaron, a modo de guirnaldas
perennes, la sutil arquitectura
de mármoles de encaje, en el recinto
misterioso y azul de las callejas
que forman, al cruzarse, el laberinto
de mirra y sol que en tu Albayzín semejas.
Surgiendo de la entraña de tu suelo
y de las cumbres de tu Sierra altiva
— pétreo Sultán con alquicel de hielo —,
brotaron, en corriente fugitiva,
los cauces armoniosos de tus ríos,
las acequias y puros manantiales
que llevan, entre alegres murmurios,
la miel de su cristal a los panales
de incienso de tus huertos y jardines:
el agua, en fin, Granada, que solloza
lo mismo en los dorados camarines
de tu alcázar, que canta y se alborota
cuando, en cárcel de márgenes floridas,
desciende por los bosques alhambrinos

bajo el verde espesor donde, escondidas,
las aves tejen su dosel de trinos.
Así fuiste, Granada, y así eres.
Nada conturba tu beldad triunfante.
-ciudad que ostentas, como tus mujeres,
alma de espuma y corazón fragante.
Fué inútil que la mano del destino,
a cuya voluntad nada resiste,
trazara nuevo norte en tu camino;
tú sigues siendo lo que siempre fuiste.
Y en tu altivo esplendor eternizada,
hoy más bella que ayer porque has perdido
tu majestad y, reina destronada,
la aureola del dolor te ha engrandecido.
¿Qué importa que la Alhambra esté desierta,
si en tu seno, Granada, la adormeces
sin que ella misma su fracaso advierta,
y, a través de calados ajimeces
— sueño de luna, de jazmín y encaje —,
queriendo mitigar su desconsuelo,
le brindas, como ayer, igual paisaje
bajo el encanto azul del mismo cielo?
¿Qué importa que en los altos almenares
la voz de tus guerreros se extinguiera
y el estandarte de los Alhamares
jamás su gloria a desplegar volviera.

si en lugar de los bélicos clamores
y en vez de las enseñas agarenas
sus trovas cantan hoy los ruiseñores
y las yedras coronan las almenas?
¿Qué importa que en los patios de la Alhambra,
desnudas odaliscas sensuales
no rimen las cadencias de la zambra
con el son de las guzlas orientales,
si en las fuentes las dulces languideces
quedaron de las músicas cautivas
y evocan las morenas desnudeces
las columnas doradas y lascivas?
¿Qué importa que el pasado se quebrante,
que los siglos lo borren a su paso,
si es tanta tu belleza y tan pujante
que logras anular todo fracaso,
y, viva imagen de la primavera
que cubre de verdores tus colinas,
si en polvo la ciudad se convirtiera,
volvería a surgir de las ruinas?
No llores, pues, Granada, porque muertos
contemples tus pasados esplendores.
Piensa, que en el recinto de tus huertos
la tierra no se cansa de dar flores;
que si ayer, siendo reina, la fortuna
te ciñó la corona de un imperio,

eres hoy, destronada, como una
sultana en perfumado cautiverio.
Y, presa tras la frágil celosía
que tejen tus granados y azahares,
has hecho de tu llanto una armonía,
un lírico jardín de tus pesares,
y, de tu misma esclavitud cristiana,
un encantado cascabel sonoro
que esmaltan tus crepúsculos de grana
y vibra igual que un corazón de oro.





SEVILLA.

Sevilla es como un nardo de alegría
abierto en el jardín de Andalucía.
Sevilla es todo aroma y blancura.
Pone en la sangre ardor de calentura
y en los ojos relámpagos de hoguera.
Sevilla es la corriente placentera
de un río que, entre márgenes floridas,
arrastra rosas y fecunda vidas.
Sevilla es como un trino de jilgueros
que, dentro de la jaula prisioneros,
aturden y ensordecen con su canto,
mitad de risas y mitad de llanto.
Sevilla... Vibración de luz que ciega,
nota encantada de encantada lira,
el río manso que tus huertos riega
y en cuyas aguas tu esplendor se mira,

ese tu río de pereza mora
que tiene transparencias musicales,
cuando se aparta de tu lado, llora
enturbando sus líquidos cristales.
Y hacia el mar van las ondas plañideras.
Dolor profundo su correr embarga.
Y, al dejar el amor de tus riberas,
su linfa, siempre azul, se torna amarga.
Ciudad que tienes corazón de flores
y sangre, como el vino, generosa,
rincón propicio a todos los amores,
cáliz fragante de encendida rosa,
¿qué encanto, en tu recinto, se deslía,
que todo canta en ti, todo sonríe,
cual si una eterna juventud te hiciera
jardín de inacabable primavera,
donde una fuente de morisca traza,
de frescos caños y arrayán ceñida,
rimase, sobre el mármol de su taza,
el himno clamoroso de la vida?
Cuando te envuelve, en resplandores rojos,
el sol que abrasa tu cobalto cielo;
cuando se cierran de sopor los ojos
y hasta suspenden su incansable vuelo
las aves asfixiadas en sus nidos
bajo el fulgor de la calina grana;

cuando no se perciben más ruidos
que el del agua que ríe en la fontana
y el del obscuro moscardón que hiende
el aire en derredor de los rosales;
cuando en tu interna majestad se enciende
la hoguera de los días estivales
y tus callejas son febriles venas
y tus jardines llamas de esmeralda;
cuando, resto de glorias agarenas,
se clava en los espacios tu Giralda
como una pica colosal de oro,
entonces, muda, recatada y sola,
muestras, Sevilla, el mágico tesoro
de tu triunfal donaire de manola.
En ti palpita la majeza brava
de tus toreros y de tus mujeres.
Como ellos, cauce de encendida lava
en las tragedias pasionales eres.
Como sus ojos y sus corazones,
tu espíritu es de fuego y de poesía
y sus idilios, como tus canciones,
tienen un dejo de melancolía.
Amas, con ellos, las ardientes horas
de siesta, bajo el palio de la parra,
y las noches de luna, evocadoras,
cuando, ebria de armonías, la guitarra

todo el impulso de la raza asume
y, en una ronca vibración salvaje,
diluye, como un lírico perfume,
el alma musical de su cordaje.
Gustas con ello y con ellos amas
la fiesta arrolladora de los toros,
visión bravía de sangrientos dramas
entre destellos de bruñidos oros;
la fiesta de los toros luminosa
que ciega, que derrocha valentía,
que es única, potente y vigorosa
igual que el corazón de Andalucía.
Y gustas, a la par de tus toreros,
de las coplas de amor junto a las rejas
orladas de floridos jazmineros
en el misterio azul de tus callejas.
Y como tus mujeres, las divinas
soñadoras del barrio de Triana,
tú también, *abierta la romántica ventana*,
de los idilios, oyes, temblorosa,
la trémula y riente serenata
con que, a la luna, sus amores glosa,
de tu Guadalquivir, el laúd de plata.
Ríes siempre, Sevilla, y tiene sonos
de milagroso cascabel tu risa.
Cantas siempre, Sevilla, y tus canciones.

son acorde en las alas de la brisa.
Y tus cantos, tus risas y tus aromas
y las auras fragantes que te olean,
como glorioso bando de palomas
eternas, sobre ti revolotean.
Son tus cantores, tus amantes fieles,
que trajeron de tierras orientales,
para aromarte, ramos de claveles,
para cantarte, líricos panales.
Son tu carne fecunda como el rubio
trigo de tu campiña dilatada,
tu carne que es acorde y que es effluvio,
salutación de alondra y mies dorada.
Son los latidos de tu sangre roja
como el mosto que guardan tus lagares,
besos en flor que para ti deshoja
la mano que disipa los pesares.
Son tú misma que pérfumas,
que viertes armonías y colores
con tu perenne claridad de espumas,
con tu vibrante corazón de flores.
¡Salve, Sevilla, milagrosa nota
de un lírico pentágrama escapada!
¡Salve, Sevilla, manantial que brota
en un desbordamiento de cascada!
¡Salve, Sevilla, la ciudad tejida

con pétalos de nardos y azahares,
que endulzas las miserias de la vida
con la sabrosa miel de tus cantares,
y, alegre, como el eco matutino
de una campana que repica a gloria,
tienes, en tu alma de jilguero, un trino
y un rastro de grandezas en tu historia.

MÁLAGA

Tú, Málaga, no tienes alcázares de oro
ni ríos que envíen su cántico sonoro
ni torres de marfil.

No tienes de la Alhambra los bosques de esmeralda,
ni tienes la Mezquita, ni tienes la Giralda
ni el Darro y el Genil.

Tan sólo, sobre el verde pavés de una colina,
eleva tu castillo su trágica ruina
vetusta y señorial.

Y, aun hoy, cuando las noches son negras y calladas,
parece que atraviesa las bóvedas truncadas
la sombra del zagal.

Abajo todo es vida, verdor de primavera,
cual si con sus latidos tu corazón quisiera
borrar la voz de ayer

para sentirse siempre más joven cada día,
feliz con ser del mago jardín de Andalucía
la rosa de placer.

Y suenan a lo lejos canciones pasionales
que surgen entre frondas y son como puñales
que hienden el azul.

Y el ritmo cadencioso que llora la guitarra
el viento lo diluye, lo agita y lo desgarrar
igual que un frágil tul.

Y, allá, junto a la playa de arenas resplandecientes,
los rudos marineros sentados indolentes
muy cerca de su mar,

contemplan la armonía litúrgica y pagana
con que, incansable, gira bailando una gitana
de trágico mirar.

Y reinas por tus huertos, tus flores y cantares,
y el vino generoso que guardan tus lagares
sangre tuya es.

Y el mar Mediterráneo, coloso de armonía,
queriendo con su espuma rendirte pletesía,
tendido está a tus pies.

¿Qué fuerza irresistible, tiránica y secreta,
hizo a la primavera quedar de tu Caleta
cautiva en el pensil,

que allí nunca soplaron los vientos invernales,
ni el mirto se marchita, ni mueren los rosales
porque siempre es Abril?

¿Quién puso, en el divino topacio de tu cielo,
toda esa luz que es limo fecundo que tu suelo
convierte en un vergel

y llama del interno volcán con que iluminas
la noche que en sus ojos ocultan las divinas
mujeres del Perchel?

¿Qué encanto tiene el beso de plata que la luna
te envía cada noche, temblando como una
saeta de pasión,

que, al recibir la vaga caricia de sus rayos.
las flores se estremecen y agitan en sus tallos
igual que un corazón?

¿Qué voz, que no es del agua ni surge de las olas,
te arrulla cuando duermes, y están tus calles solas
fragantes de azahar,

que al percibir sus ecos, como un crujir de seda,
los mismos ruiseñores que pueblan la Alameda
se callan a escuchar?

¿Quién es el venturoso galán por quien suspiras,
por el que cada día y al despertar te miras
sobre un mar de zafir,

y, al ver que el nuevo día te trae nueva belleza,
sonríes, y a tu risa también en luz empieza
la aurora a sonreír?

¿Y quién te dió esa gracia que en ti, Málaga, brilla?
¿Y quién a ti te hizo ciudad de maravilla,
fontana de pasión,

Mezquita de placeres, Giralda de alegría,
y río caudaloso de aromas y armonía
y Alhambra de emoción?

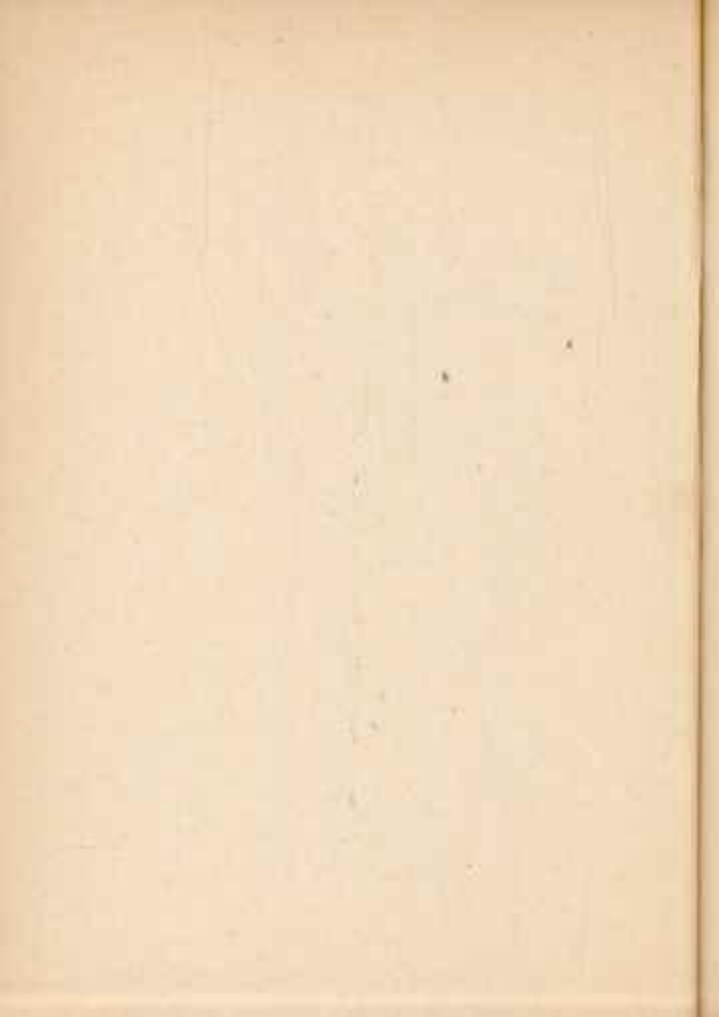
¡Que suenen tus cantares y el viento los acorde!
¡Que rían tus mujeres y en flores se desborde
colmado el limonar!

¡Que el vino generoso que guardan tus lagares
circule por las venas y ahuyente los pesares
haciéndonos soñar!

¡Que el sol que te ilumina disipe toda sombra!
¡Que Mayo te corone y Abril te dé su alfombra
de mirtos y laurel!

Y, en pago del inmenso fervor con que te ama,
al labio que, devoto, por diosa te proclama,
¡perfúlmalo de miel!

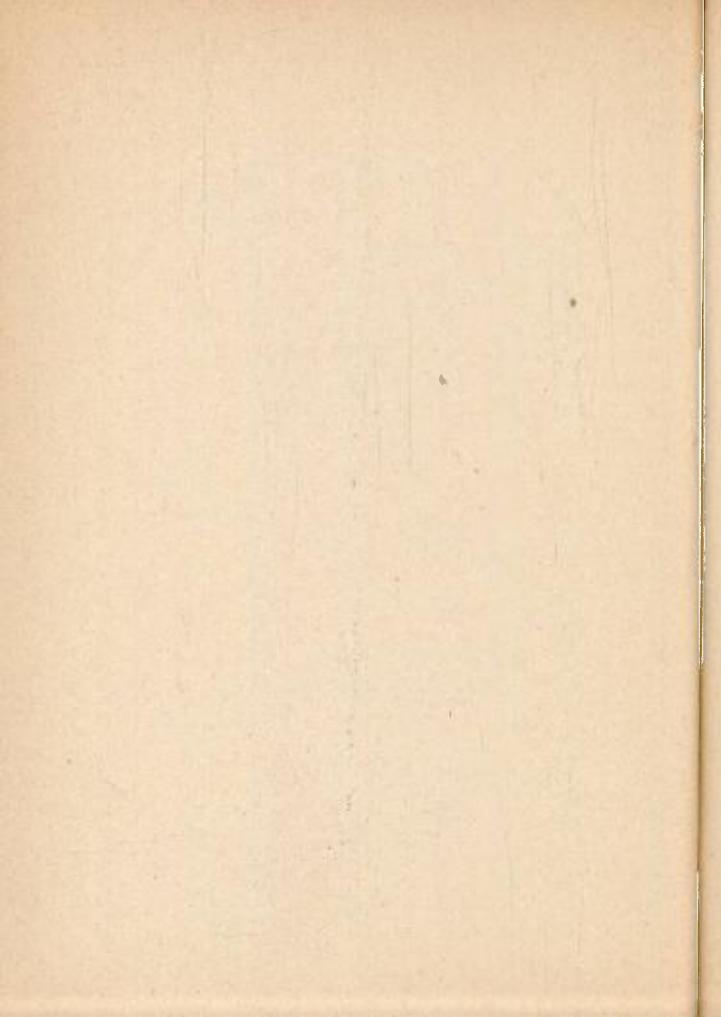
LA COPLA



¡Cantar, flor del espíritu andaluz...!
Relámpago de sombras y de luz
que nos hieres lo mismo que un puñal
en la negra tragedia pasional.
¡Cantar...! Copla y sollozo, vibración,
que palpitas igual que un corazón
que poco a poco deja de existir...!
¡Melancolía...! Trémulo sonreír
de unos labios que saben a azahar
y besan y maldicen a la par!
Noches de ensueño en la florida reja
que brinda su misterio en la calleja
donde la luna se deshoja en flor...
Grito de agonía, llanto de dolor...
Todo el abismo negro de unos ojos
y la locura de los vinos rojos
y los suspiros de la fuente mora
que, en los jardines, entre mirtos, llora
la profunda, romántica pereza

en que se aduerme la Naturaleza
cuando, la viva luz del mediodía,
abrsa el corazón de Andalucía,
Celos, pasión, tristeza, sentimiento...
frágiles rosas que deshace el viento.
Las palabras de amor y de devío
son hojas secas que se lleva el río.
Floridos naranjales cordobeses...
Alamedas de místicos cipreses...
Cármenes de Granada... Manzanilla,
sol y sangre del alma de Sevilla...
Traición de una gitana malagueña
que suspira y llora, se resigna y sueña...
Penas que matan... Risas de mujeres,
besos, suspiros, corazón, tal eres,
cantar, flor del espíritu andaluz,
relámpago de sombras y de luz
que nos hieres lo mismo que un puñal
en la negra tragedia pasional,

EL CANTAOR



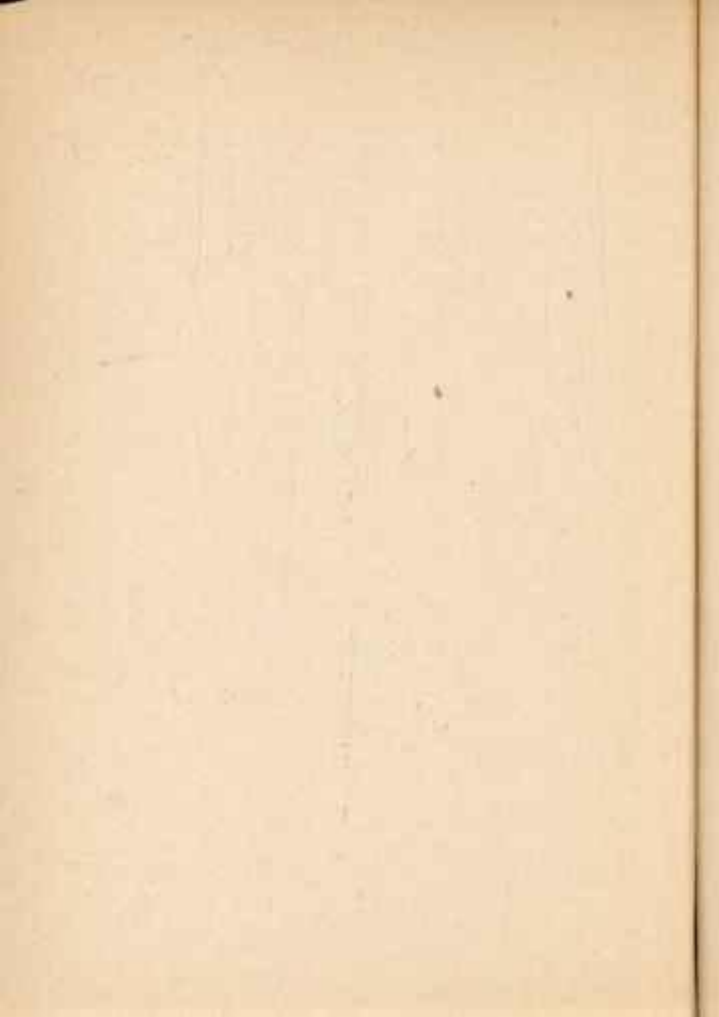
A FRANCISCO GALVEZ

¿Que el rumor el aire agita
con prolongado lamento?
¿Quién diluye esa infinita
fragancia de sentimiento?

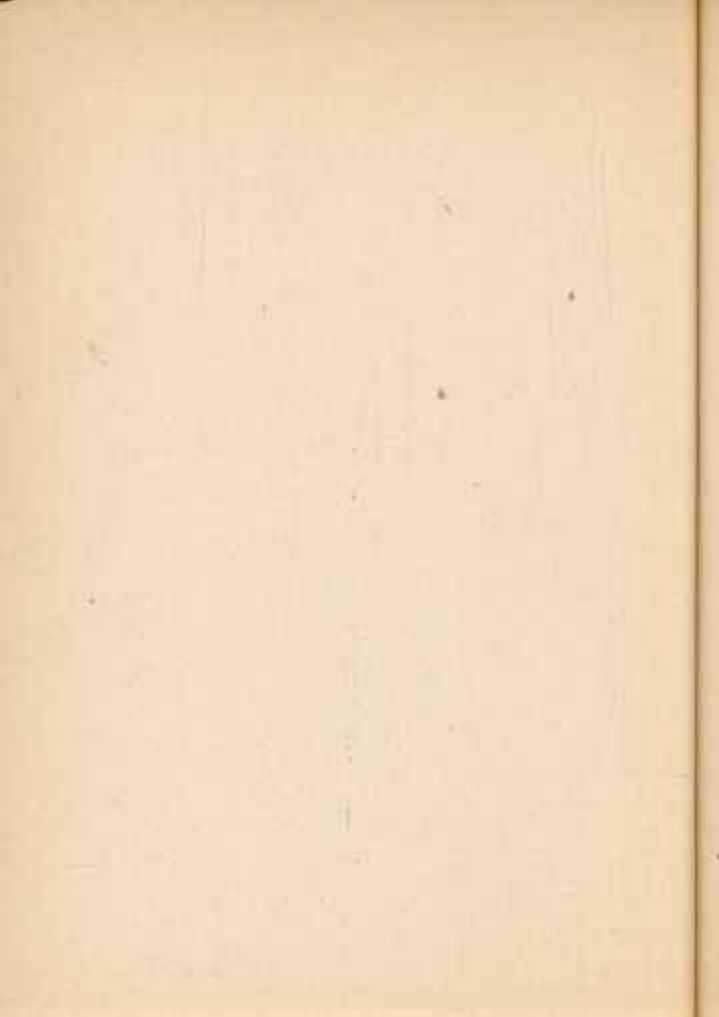
¿Es la fuente que recita
sus madrigales al viento,
o es que en la noche palpita
el alma del firmamento?

Es Frasquito Verbabuena,
es quien ahuyenta la pena
y los dolores espanta,

que, en un carmen granadino,
deja cantar al divino
jilguero de su garganta.



GLOSARIO ANDALUZ



Quiero vivir en Granada,
porque me gusta el oír
la campana de la vela
cuando me voy a dormir.

Campana la de la Vela,
la del sonoro plañir,
la que me arrulla y consuela
cuando me voy a dormir;

canción de cuna que anhela
por todos dejarse oír,
y que tan sólo desvela
para besarnos y huír;

campanita que, en Enero,
haces tu son pregonero
de nupciales corazones,

cuando así vibres, recuerda
que pendiente de tu cuerda
puse yo mis ilusiones.

¡Por la salud de tu madre!
¡Que lo pasao entre los dos
no se lo cuentes a nadie!

Fué mi cariño más ciego
que nadie hubiese previsto,
pues, matando mi sosiego,
yo sólo por él existo.

Soy tu esclava y no resisto
aunque me arrojes al fuego.
Maniatada, como Cristo,
a tu capricho me entrego.

Pero, llorando, te pido
por aquello que más quieras,
por tu madre o por tu Dios,

que olvides lo sucedido
y que a nadie le refieras
lo que pasó entre los dos.

No me importa que te vayas.
Lo que siento es que te llevas
sangre mía en las entrañas.

Siempre que a buscarme vienes
has de hablarme con crueldad.
Y es que tú ya no me tienes
una buena voluntad.

Vete. ¿Por qué te detienes?
Yo te doy la libertad.
No quiero que tú te apenes
ni que me tengas piedad.

Sin reserva y sin encono,
te disculpo y te perdono.
Y no importa que te atrevas

a pregonar que me engañas.
¡Lo que siento es que te llevas
sangre mía en las entrañas!

Viva Graná que es mi tierra.
Viva el Darro y el Genil.
La Virgen de las Angustias,
la Alhambra y el Albayzín.

Viva, por todos bendita,
Granada porque es mi tierra.
Que otra existe más bonita
nadie diga, porque yerra.

Viva su vega infinita
que tantos huertos encierra,
como arroyos precipita,
desde sus cumbres, la Sierra.

Viva la Alhambra de oro
y el Albayzín porque es moro
y tiene sultanas mil.

Y viva la voz que entona
canciones a mi Patrona
en las aguas del Genil.

¡Ven acá, falsa y refalsa,
falsa te vuelvo a decir!
Y el día que me vendiste,
¿cuánto te dieron por mí?

Ya ves que nada te digo,
que, sufriendo, callo y lloro,
no teniendo ya conmigo
lo que tuve por tesoro.

Ni tu compasión imploro
ni a ser piadosa te obligo.
El que fué dueño del oro
no quiere plata consigo.

Sólo pido que no escondas
la verdad y me respondas
a una pregunta muy triste.

Ven. Más cerca. Más. ¡Así!
El día que me vendiste,
¿cuánto te dieron por mí?

Mi Virgen de las Angustias,
vente conmigo a vivir
mientras que los albañiles
restauran tu camarín.

¡Patrona de mis amores...!
Sacrílega y roja llama
en torno tuyo *derrama*
sus siniestros resplandores.

Pero Tú, Madre, no llores,
que, en tanto el incendio brama,
todo un pueblo que te ama
eleva a Ti sus fervores.

Y si tu templo se abrasa,
deja sus muros hostiles
y conmigo al Albayzín

vente a vivir a mi casa
mientras que los albañiles
restauran tu camarín.

Anda vete que no quiero
pasar por ti más fatigas.
Te portas como quien eres.
¿Qué más quieres que te diga?

Dueña eres de tu albedrío.
Se cumplieron tus antojos.
Ya el pobre cariño mío
no ha de darte más enojos.

La senda de tu desvío
se te ofrece sin abrojos.
Y, si el camino es sombrío,
ya lo alumbrarán tus ojos.

Con quien te quiso de modo
que por ti lo perdió todo,
ninguno de los deberes

del sentimiento te obliga.
¡Te portas como quien eres!
¿Qué más quieres que te diga?

Te lo he dicho muchas veces.
Yo me he portado contigo
como tú no te mereces.

No te forjes ilusiones.
Lo que fué ya se ha acabado,
que no se borra un pasado
con buenas conversaciones.

Ni promesas ni razones
te han de volver a mi lado.
Tengo el corazón cansado
de perdonar tus traiciones.

Aunque por tu orgullo necio
lo escuchaste con desprecio,
te lo he dicho muchas veces

y hoy de nuevo te lo digo.
¡Yo me he portado contigo
como tú no te mereces!

Anda vete a la Alamea
porque allí de noche pasa
hasta la falsa monea.

¿Qué tienes en la cabeza,
pajarica de las nieves,
que a proponerme te atreves
curarme de mi tristeza?

Casi, casi me conmueves
con tu piadosa entereza.
Mas no comprendo que lleves
a tal punto tu simpleza.

Eres tú muy poca cosa
para llegar a ser diosa
en el altar de mi casa.

¡Tu destino es la Alameda
porque allí de noche pasa
hasta la falsa moneda!

La mujer que yo quería
se enamoró de una estrella.
Voy a fabricar un globo
para subir a por ella.
Si no me la dan la robo.

PARA JULIA GARCIA •

La mujer que yo quería
se enamoró de una estrella,
y yo juré que por ella
en un globo subiría.

Ella, oyéndome, reía
y estaba al reír tan bella,
que yo pensé que en aquella
risa una estrella lucía.

Y, como yo una promesa
si no la cumplo me pesa,
aunque la tachen de loca,

convirtiendo un beso en globo,
cometí el celeste robo
en el edén de su boca.

Granada, calle de Elvira,
donde viven las manolas,
las que se van a la Alhambra
las tres y las cuatro solas.

Calle de Elvira en Granada
donde viven las manolas,
las de agarena mirada
en pupilas españolas;

las que a la fronda dorada
de la Alhambra se van solas
a coger, en la alborada,
campanillas y amapolas.

En esa calle moruna,
bajo el fulgor de la luna
y al pie de tu reja en flor,

¿te acuerdas, manola mía,
que escuchándote creía
que cantaba un ruiseñor?

Anda y dale esos achares
a quien te diera motivo.
A mí el corazón me duele
de portarme bien contigo.

¿A qué viene tanto alarde
y fingido sentimiento,
si al llegar el rompimiento
tú has de ser la más cobarde?

Todavía el fuego arde
y conviene que el momento
de romper el juramento
que prestamos, se retarde.

Y mientras llega esa hora,
se perjura y se traidora
con aquel que te revele

ser tu mayor enemigo.
¡A mí el corazón me duele
de portarme bien contigo!

Chavalilla, tú eres loca.
Eres como la campana
que todo el mundo la toca.

¿Cómo quieres que te quiera
ni que te tome yo en serio,
si, aunque un rey te pretendiera,
te burlabas de su imperio?

Tienes tú por zalamera
más almas en cautiverio
que flores la primavera
y muertos el cementerio.

No te extrañe a ti por eso
que, si de noche te beso,
lo olvide por la mañana,

pues tú, chavalilla loca,
eres como la campana
que todo el mundo la toca.

Lucero de la mañana
acaba ya de salir,
que te está esperando el alba
en el puente del Genil.

Ha cantado ya un jilguero
anunciando el nuevo día
y ha tocado el campanero
al primer Ave María. •

Cuando la aurora sonría
ha de venir quien espero.
¡Rima, fuente, tu armonía
y ábrete en flor, jazminero!

Y brilla, lucero ardiente,
galán del alba naciente,
que, bella, dulce y gentil,

ya te espera la mañana
sonriendo en la ventana
de las aguas del Genil.

Anda ve y dile a tu madre
si me desprecia por pobre;
que el mundo da muchas vueltas
y ayer se cayó una torre.

No me desprecies por pobre
que a nadie un pobre hace mal,
y mejor que la salobre
se bebe el agua sin sal.

Mas quiero que a mí me sobre
corazón noble y leal,
que las monedas de cobre
que son de duro metal.

El que es rico se empobrece,
y el rosal que más florece,
en cuanto llega el invierno,

peligro de helarse corre.
Nada en el mundo es eterno.
¡Ayer se cayó una torre!

Tú no me quieres a mí.
Tú te propones na más
verme llorar y sufrir.

Nunca consigo tenerte
y siempre a solas me estoy
con mi pena y con mi suerte;
ayer lo mismo que hoy.

No hay mañana que despierte
que, cuando a besarte voy,
no pongas frío de muerte
en el beso que te doy.

Con el alma hecha pedazos
te llamo y tiendo los brazos
sin alcanzarte jamás.

¡Tú no me quieres a mí!
Tú pretendes nada más
que llore y sufra por ti.

¡Ay de mí que me perdí!
¿No hay quien me lleve a mi casa?
Yo vivo en el Albayzín,
arrimaño a la plaza.

¡Ay de mí lo que me pasa!
Ando perdido en mi pena
y no encuentro un alma buena
que me lleve hasta mi casa.

¡Ay que el frío me traspasa!
¡Ay que el aire me envenena!
¡Ay que una cara morena,
cuando la miro, me abrasa!

¡Por Jesús de los Favores,
compadeced mis dolores!
Y, ya que a nadie conmueven

penas que no aguardan fin,
¡que a mi casita me lleven!
Yo vivo en el Albayzín.

Dame la mano.
Te llevaré a la fuente
del Avellano.

Ven conmigo al Avellano
a beber agua fresquita,
que a amar y a soñar invita
esta noche de verano. •

Pon en mi mano tu mano
y creeré, por lo chiquita,
que cogí la margarita
más diminuta del llano.

Vente conmigo a la fuente,
que dicen que en su corriente
lleva sangre de Granada.

Ya veré quien se equivoca,
pues, para mí, la granada
donde sangra es en tu boca.

En la Cruz Blanca del barrio
un sereno se dormía
y la cruz le daba voces:
¡Sereno, que viene el día!

En la Cruz del barrio había
un sereno adormecido
cuando el sol de oro vestido
ya en oriente sonreía.

Y un ruiseñor que tenía
colgado en la cruz su nido,
cantó gritando al dormido:
¡Despierta, que viene el día!

En la cruz de tu ventana
también me dormí, gitana,
soñando con tu querer.

Pero, en lugar de aquel trino,
a mí a despertarme vino
la traición de una mujer.

Vaya una noche valiente
para irse al Aljibillo
con una buena guitarra
y tres pares de palillos.

¡Vaya una noche valiente
para irse al Aljibillo
con los ciegos del Campillo
y un jayuyo bien caliente!

Y, por si gana se siente
de matar el gusanillo,
llevar también un cuartillo,
por cabeza, de aguardiente.

Y cantar hasta la aurora,
mientras una bailaora,
en los giros de su zambra,

va descifrando los sueños
que encierran los marfileños
arabescos de la Alhambra.

Ni contigo ni sin ti
tienen mis penas remedio.
Contigo porque me matas
y sin ti porque me muero.

Yo no sé como tú eres
ni como yo te parezco.
Sólo sé que si te mueres
contigo también perezco.

Yo no sé si tú me quieres,
si te quiero o te aborrezco.
Sólo sé que tú me hieres
y yo el corazón te ofrezco.

Y es inútil. Ni contigo
ni sin ti, jamás consigo
hacer dulces las ingratas

penas que endulzar espero.
¡Contigo porque me matas
y sin ti porque me muero!

Anda con Dios, mala hembra.
Que yo sembraré en mi huerto
la semilla del olvío
y la flor del escarmiento.

¿Te marchas? Tienes derecho.
Nada existe que nos ligue
ni es el mundo tan estrecho
que a estar juntos nos obligue.

Anda con Dios y consigue
felicidad y provecho,
sin que el recuerdo te hostigue
de todo el mal que me has hecho.

Anda con Dios, mala hembra,
que si es verdad que a la siembra
responde lo recogido,

hoy siembra mi sentimiento
la semilla del olvido
y la flor del escarmiento.

Pensamiento tiene el Darro
de casarse con Genil
y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y Zacatín.

Dicen que el Darro se casa
con las aguas del Genil
y que sólo se retrasa
esperando el mes de Abril.

Y es que como el Darro pasa
regando tanto pensil,
en tal mes lleva su escasa
corriente fragancias mil.

Y ese perfume abrilero
de los cármes de ensueño
que en primavera y estío

le deben la vida toda,
lo quiere llevar el río
como dote de su boda.

Aví no hay naíta que vé,
porque un barquito que había
tendió la vela y se fué.

Vengo del puerto. Entristece
y da gana de llorar.
¡Qué negra el agua parece
y qué desierta la mar!

Sólo la luna se mece
en las olas y, al copiar
su disco en ellas, se mece
cual si fuera a navegar.

Con prolongado lamento
gime el agua y gime el viento.
Allí no tiene alegría

nada de cuanto se ve,
porque un barquito que había
tendió la vela y se fué.

La Virgen de las Angustias,
la que vive en la Carrera,
esa Señora me falte
si no te quiero de veras.

Gitanilla, gitanilla,
sultana del Monte Santo,
¿por qué entre nubes de llanto
el sol de tus ojos brilla?

¿Que no te quiero, chiquilla?
¿Y eso causa tu quebranto
y hace que pierdan encanto
las rosas de tu mejilla?

Pues que dejen de estar mustias
y vuelvan a ser de esmalte.
La Virgen de las Angustias,

la que vive en la Carrera,
esa Señora me falte
el día que no te quiera.

Ciprecicos de Graná
que estáis mirando a la vega,
decid a la del cortijo
que me muero o que me quiera.

Ciprecicos de Granada
que estáis mirando a la vega
que ante vosotros despliega
su llanura dilatada; ♦

ciprecicos de dorada
corona que al cielo llega,
escuchad a quien os ruega
con el alma atormentada.

Y, cuando al soplo del viento
gimáis con dulce lamento,
decid a la del cortijo

que es posible que me muera
de tanto como me aflijo
temiendo que no me quiera.

Que yo no me la llevé.
Ella se vino conmigo,
la culpa fué del querer.

¿Que por qué vive a mi lado?
Porque me quiere y la quiero,
porque es mi cielo estrellado
y yo su mejor lucero.

Porque es ella el jazminero
que mi huerto ha perfumado
y yo el agua del venero
que está manando a su lado.

Y, por eso, lo aseguro
y, si es preciso, lo juro
poniendo a Dios por testigo.

Yo no engañé a esa mujer.
Si ella se vino conmigo,
la culpa fué del querer.

¡Quién había de desir
que una cosita tan dulce
tuviese amarguita el fin!

Ayer pasé por tu reja.
Me pareció, abandonada,
como una tumba cerrada
en la desierta calleja.

¿Adónde fué tanta queja
doliente y apasionada?
¿Dónde, al perder tu mirada,
la luna su luz refleja?

El amor yace olvidado,
hecha cenizas la hoguera
y sin flores el jardín...

¡Quién hubiese sospechado
que lo que tan dulce era
tuviese este amargo fin!

A los cármenes del Darro
me tengo que ir a vivir,
porque dicen que se goza
la gloria antes de morir.

En un carmen de Granada
que tenga un pequeño huerto;
un hondo pozo cubierto
por tapadera dorada;

una glorieta encantada
donde se sueña despierto;
un rosal recién abierto
y una parra bien cuidada;

en uno de esos jardines,
entre nardos y jazmines,
teniéndote a ti muy cerca,

quiero vivir sin enojos
reflejándome en la alberca
transparente de tus ojos.

De la Plaza Larga vengo
de decir a una gitana
que tiene pena e la vía
quien se acerque a su ventana.

¡Por la Virgen Soberana,
que no soy el responsable!
¡De todo ha sido culpable
una pérfida gitana!

Yo le dije a mi serrana:
No me seas variable
que he de matar a quien hable
contigo por la ventana.

Un hombre burló en su reja
mi juramento y mi queja
y lo maté cara a cara.

Y... ¿qué quiere, señor juez?
¡Si de nuevo resucitara
lo mataría otra vez!

¿Para qué vienes a verme
si tienes quien te lo estorbe?
Dale gusto a esa persona
y ten partías de hombre.

No teniendo nada tuyo,
¿por qué me buscas si sabes
que en el altar de mi orgullo,
sin ser libre, tú no cabes?

Yo no he quemado mis naves
ni me arrepiento ni huyo.
Pero otra tiene las llaves
de tu cariño y eres suyo.

Quien a una mujer desdeña
se lo dice y la abandona
olvidando hasta su nombre.

¡Tú tienes hoy otra dueña!
¡Dale gusto a esa persona
y ten partidas de hombre!



PRECIO: 2 PESETAS